TEATRO CÓMICO.

EL HOMBRE METÓDICO.

Los derechos que han de cobrarse por cada representacion de una de las piezas del «Teatro Cómico,» son

En los teatros de primera clase............	30 rs.
En los de segunda......................	20
En los de tercera......................	10
En los demas teatros, sociedades y cafés......	8

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1868.



EL HOMBRE METÓDICO.

EL HOMBRE METÓDICO,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON FRANCISCO GARCIA CUEVAS.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1868.

PERSONAJES.

D. JUAN DE BALSAMEDA.	ANTONIO.
D.ª BASILIA, su mujer.	ROSA.
D. RUPERTO FIERABRÁS.	BARTOLO.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa una sala decentemente amueblada, con puertas laterales y otra en el fondo. Á la derecha, en primer término, un balcon. Á la izquierda, una mesa pequeña con papeles y periódicos; al lado una butaca.

ESCENA PRIMERA.

BARTOLO y ANTONIO.

Al alzarse el telon Bartolo aparece limpiando los muebles. Antonio entra precipitadamente, cierra la puerta y escucha.

BART. Qué pasa, señuritu? (Se acerca.) ha pasadu algo?

ANT. No.

BART. Pus ques ellu?

ANT. Que no puedo dar un paso sin encontrar alguno de mis acreedores. El sastre, el zapatero, el... Jesus! esto es cosa de emigrar.

BART. Já! já... Y pur qué les debe, señor?

ANT. Porque no les pago.

BART. Si para engañarlos tumase usted el nombre de su tio dusté, mi amo, que es un señor ricu, tal vez le dejaran

á usted vivir, porque con los hombres que tienen peluconas, nun se atreven los ingleses.

ANT. Tu consejo llega un poco tarde, porque ya lo he puesto en práctica.

BART. ¡Ya!

ANT. Solo que uso ese subterfugio para mis empresas amorosas.

BART. Qué! usted que está casado, señor, se premite?

ANT. Sí, Bartolo, mi mujer es un ángel, aprecio mejor que nadie sus virtudes, pero víctima de mi sensible corazon claudico no bien se fijan en mí los ojos de una mujer hermosa.—Entónces sustituyo el nombre de Antonio, que es el mio, por el de Juan, que es el de mi tio, y le hago responsable de mis estravios.

BART. ¡Vaya una cumodidad!

ANT. Anuncia á mi tio que he llegado.

BART. El señor dice que ha salidu de casa.

ANT. Está ocupado?

BART. Sí, esu... esu... está muy ocupadu, acabó de almorzar y dice que está haciendu la indigestion.

ANT. Mira, pásale recado, dile que está aquí su sobrino, el señorito Antonio, entiendes?

BART. Entiendu. Yo soy muy despavilado... Voy volandu. (Váse por la izquierda.)

ESCENA II.

ANTONIO y despues BARTOLO.

ANT. Mientras tanto, aprovecharé el tiempo. (Se acerca á la vidriera y mira á la casa de enfrente.) Cielos! Allí está, tiene levantadas las cortinillas... buena señal, procuremos llamar la atencion y enseñarla mi carta. (Hace algunas señas y enseña la carta.) ¿Si será casada?... de todos modos es divina, se parece á Rosa, es el mismo tipo.

BART. Ya está avisadu. ¿Manda usted algo, señuritu?

ANT. Sí, espera.

BART. (Vamus, aquí empieza otro belen; el sobrinu de mi amo cunspirando contra mis costillas.)

ANT. Magnífico! Ya me entendió!... Yo creo que dice que sí... Bartolo, toma, lleva esta carta.

BART. (Mirando por el balcon.) ¿Á quién? á aquel señor de la bata?

ANT. ¡Zopenco... mira, allí, al número cinco.

BART. Ah! sí, sí. ¡Caramba, qué mujer tan guapa! Sabe usted que me gusta, y que...

ANT. No, no quiero saber nada, anda... ligero.

BART. Y sabe usted si habrá algun entorpecimientu en la escalera?

ANT. Ninguno! Bah! no tengas cuidado. Tú vas de mi parte, es decir, de parte de don Juan de Balsameda; entiendes? Cuidadito con pronunciar mi segundo nombre, porque si cometes una indiscrecion...

BART. Ya me guardaré muy bien... Dios ponga tientu en mis manos. (Váse por el fondo y Antonio continua á la vidriera.)

ESCENA III.

ANTONIO y DOÑA BASILIA y D. JUAN, que salen por la izqnierda, este viene de bata y gorro.

BASILIA. ¡Eres un hombre insocial! Yo estoy aburrida! desesperada!

JUAN. No digas eso, dulce esposa. ¿Dónde encontrarás un marido como yo? ¿No te doy completa libertad? por otra parte... ¿qué tienes que decir de la severidad de mis costumbres? Pero dejemos eso. (Mirando su reló.) Ya han dado las doce, y no es hora de discutir, sino de leer. (Se sienta en la butaca y empieza á ordenar los periódicos. Despues saca unos anteojos y se los pone: ofrece un periódico á Doña Basilia.) ¿Quieres entretenerte?

BASILIA. (De mal humor.) No tengo gana.

JUAN. Bien, hija mia; como tú quieras. *El Imparcial, La Reforma, El Cascabel.*

ANT. (Á D. Juan.) Buenos dias, querido tio.

JUAN. (Volviendo la espalda.) No estoy en casa.

ANT. Tia, me alegro de ver á usted tan guapa.

BASILIA. ¡Tan guapa! conque tan .. muchas gracias, sobrino. (Este es el primer hombre que reconoce mi mérito.)

JUAN. (Leyendo.) «Ha llegado al puerto de Cartagena una bar»ca austriaca con un cargamento de cuerdas de »violin.»

ANT. Con que tio, me alegro de verlo tan bueno.

JUAN. ¡Ah! eres tú?... muchas gracias. (Leyendo.) «Se ha in»ventado un nuevo cañon eléctrico, que se maneja co»mo el fuelle, y dispara treinta mil bombas por segun»do.» ¡Cáspita! ¡Esto es horrible!

ANT. Pues ha de saber usted, tio de mi alma...

BASILIA. Mira, Antonio, es excusado, no le hables. Esto es para desesperarse: desde que mi marido se ha propuesto hacer vida perfecta es insufrible.

ANT. ¡Vida perfecta! y qué vida es esa?

BASILIA. Figúrate que dice que el hombre no puede ser feliz, si no vive con método, y que para vivir con tranquilidad es necesario distribuir bien el tiempo, y estar siempre ocupado, para no dar cabida en la imaginacion á ningun mal pensamiento; de modo que no se acuerda de mí en todo el dia.

ANT. Es posible!

BASILIA. Nada, hijo mio, nada, como se ha propuesto hacer vida perfecta...

ANT. Es una ingratidud! Si estuviera yo á su lado de usted seria capaz de...

BASILIA. De qué?

ANT. (De hacer vida perfecta.) Ay, tia, usted debe ser un tesoro de amor y de... (que no quisiera encontrar.)

BASILIA. (Qué buen mozo es mi sobrino! y parece que me mira con unos ojos...)

ANT. (Pues señor, mi tio no me hace caso, y será necesario que yo le interrumpa... Ese maldito mueblista me apremia y me...) Con que amado tio, yo quisiera por un momento distraer á usted.

JUAN. (Interrumpiendo su lectura.) Hablabas conmigo?

ANT. Tenia que pedirle á usted un favor, como es usted tan bondadoso...

JUAN. (Leyendo.) «El quinto era corniapretado, mató tres sar»dinas, y el Tato le envió de un mete y saca á la eter»nidad...» ¡Caramba! con que le envió á la eternidad? Vaya, pues allá nos espere muchos años.

ANT. Ha de saber usted que el hombre, en algunas ocasiones, tiene que atravesar por un caos de circunstancias azarosas y terribles. Los tiempos, y la crísis monetaria... y...

JUAN. Sigue, hijo mio, sigue.

BASILIA. Segun eso estás apurado.

ANT. ¿Apurado? Bah! Yo no me apuro por bagatelas. (La tia se interesa por mí; si ella me sacara del apuro!) Caramba! qué rizos tan lindos tiene usted, y qué dentadura tan blanca. (Dios me perdone el falso testimonio.)

BASILIA. Tienes algunos compromisos? Nada me extraña, eres un jóven... y luego, como el tener deudas hoy está de moda....

ANT. ¡Oh! sí, ciertamente, yo soy esclavo de la moda; pero á decir verdad, son tan molestos el peluquero, el camarero, el camisero, el guantero, el zapatero...

BASILIA. Á dónde vas á parar con esa lista?

ANT. Es que, tia mia, son mis acreedores como los mártires de Zaragoza, innumerables. Bah! no quiero acordarme de ellos. Deje usted que considere que estoy al lado de una jóven amable, encantadora, arrebatadora, embelesadora.

JUAN. Sigue, hijo mio, que ya te escucho.

BASILIA. Yo una jóven? y es verdad, aun no he cumplido los cincuenta y dos. (Mirándose al espejo.) Válgame Dios! debo de estar como la grana: qué bien nos sienta á las muchachas el rubor! Mira, Antoñito, advierte que me estás requebrando, y que has hecho que el carmin se asome al balcon de mis mejillas.

ANT. (Antoñito me llama, buena señal.) Perdóneme usted, mi querida tia, mi querida Basilita, es usted irresistible, y yo necesito olvidar mis penas. No sé si la he dicho que los ingleses me dan malos ratos, y que...

JUAN. (Interrumpiendo su lectura.) Conque vamos á ver, sobrino, ¿has concluido tu discurso?

ANT. Sí, tio de mi alma.

JUAN. Pues mira, no me ha parecido del todo mal. Qué facundia y qué estilo tan florido!

ANT. Y bien, ¿qué me dice usted?

JUAN. No, yo no digo nada; estoy muy ocupado como ves; pero habla cuanto quieras, no me interrumpes.

ANT. Dígame usted, tio, podria prestarme una corta cantidad que necesito?

JUAN. Espera. (Saca un papel del bolsillo y despues de examinado: dice.) Lo siento mucho, pero en la distribucion de horas que tengo hechas para mi gobierno, no hay tiempo señalado para prestar dinero. (Vuelve á su lectura.)

ESCENA IV.

DICHOS y BARTOLO.

BART. Ay, señuritu de mi alma, deshízume la rabadilla. (Ap. á D. Antonio.)

ANT. Qué traes, Bartolo?

BART. Un baretazo.

ANT. ¿Cómo, pues te ha cogido algun toro?

BART. Que, nun señor, fué el marido el que...

ANT. Ah! desdichado! Pero la misiva?

BART. Allí queda.

BASILIA. (Qué hablarán en secreto.) (Se acerca.)

ANT. Torpe! conque el billete?

BASILIA. ¿Qué pasa, Antonio, has perdido algun billete?

ANT. Sí, sí, eso mismo... precisamente... un billete de mil reales.

BASILIA. ¡De mil reales!

ANT. (Colérico y lanzándose sobre el criado.) ¡Ah bribon! Te he de matar.

BART. (Huyendo.) Señuritu.

BASILIA. (Interponiéndose.) Sosiégate, hombre.

ANT. Se lo habia dado para que recogiera un obsequio que pensaba dedicar á usted.

BASILIA. Ay, cuánto lo siento? No por mí, si no... ¿Pero dime, cómo ha sido. (Dirigiéndose á Bartolo.)

BART. Mire usted, sacó la manu por el ventanillo.

ANT. (Interrumpiéndole con ira.) Ah! quítate de mi presencia, si no quieres...

BART. Ay! ay!... Ya me marchu. (Huye por el fondo.)

BASILIA. No te sulfures, esa desgracia no debe preocuparte mucho, porque...

ANT. Concluya usted?

BASILIA. Porque hubiera sido peor que te hubiese dado un tabardillo ó que un perro rabioso...

ANT. (Maldita sea tu casta.)

RUP. (Dentro.) Es preciso que yo le vea, que yo le hable, que yo le confunda...

ANT. Quién da voces? (Diantre, si será el marido de la vecina. Si me habrá visto.) Uf! en esta habitacion hace un bochorno... (Dirigiéndose á la puerta de la derecha.)

BASILIA. Antonio ¿á dónde vas?

ANT. Vuelvo en seguida. Ahora me acuerdo que tengo que escribir una carta urgente. (Váse.)

BASILIA. (Viendo aparecer á D. Ruperto.) Qué hombre será este?

ESCENA V.

D. JUAN, DOÑA BASILIA y D. RUPERTO.

RUP (Muy sofocado.) Ahora veremos con qué derecho se atreve el seductor á enviar billetes á mi mujer.

BASILIA. Eh?... qué queria usted, caballero?

RUP. Es usted don Juan de Balsameda?

BASILIA. Yo? ¿Por ventura no ha reparado usted que está hablando con una señora?

RUP. Bien: me he equivocado: pero yo necesito ver á don Juan de Balsameda.

BASILIA. Ahí le tiene usted; Juan, Juan.—No oyes? este caballero pregunta por tí.

JUAN. Ya sabes que á esta hora no admito visitas. Dile que no estoy en casa, que estoy aquí leyendo.

RUP. (Dirigiéndose á D. Juan.) Caballero, su conducta de usted es agresiva, deshonesta.

JUAN. Hombre!... qué está usted hablando!... en fin, siento mucho decirle que á esta hora no recibo. Estoy muy ocupado, y no puedo interrumpir mi método.

RUP. Conque ahora no recibe usted?

JUAN. No señor. Aunque si usted me trajese quince ó veinte mil duros, pudiera ser que hiciese el sacrificio de alterar mi costumbre, solo por ser usted el que... sin embargo, si usted quiere esperarse, (Mirando su reló.) son las doce y cuarto: yo recibo á las siete, mientras tanto puede usted tomar asiento. (Vuelve á leer.)

RUP. ¿Usted sabe con quién está hablando?

JUAN. Eh? Y á mí qué me importa? Es usted de la policía?

RUP. No señor.

JUAN. No tengo el gusto de conocerle.

RUP. ¡Yo soy el esposo ultrajado!

JUAN. Eh? Por muchos años.

RUP. Eh?

JUAN. Quiero decirle que me alegro de verle tan bueno y tan... (Leyendo.) «Quien hubiese encontrado un perrito »faldero de casta americana, que tiene un lunar en la mejilla y una mancha...»

RUP. (Furioso.) Basta ya, señor de Balsameda. Lea usted esta carta. (Presenta una carta á D. Juan, y este la toma.)

JUAN. Con mucho gusto. Precisamente esta es la hora que dedico á la lectura. (Coloca la carta debajo de todos los papeles que está leyendo.)

RUP. Qué hace usted?

JUAN. ¡Hombre! ponerla aquí debajo para que entre en turno. Despues que lea *La Reforma, El Imparcial, La Gaceta, El Pabellon Nacional, Los Sucesos, Gil Blas,* y...

RUP. De ningun modo ¡no lo consentiré!

JUAN. Ah! no quiere usted que la lea. (Le vuelve la carta.) Bien! nada se ha perdido. Tómela usted y vaya usted con Dios. Ya sabe usted la casa y puede reconocerme desde hoy por su más atento y seguro servidor que besa su mano. (Leyendo.) «Cultos! Santo del dia, cua»renta horas en la parroquia de...»

RUP. ¡Basta de burlas! Estoy ofendido y necesito una satisfaccion.

JUAN. ¿Una satisfaccion? Dice usted que necesita una satisfaccion?... Pues amigo mio, haga usted una vida metódica, y vivirá lleno de satisfacciones.

RUP. (¡Maldito seas! si yo tuviese aquí el rewolver!)

JUAN. (Mirando su reló.) Hola! pues ya son las doce y media, ya no puedo leer más, voy á dar mi leccion de piporro.

RUP. (Furioso.) ¡Esto ya pasa de castaño oscuro! ¡Señor mio! tengo que hablar con usted ahora mismo.

JUAN. Segun eso, se trata de algun negocio urgente.

RUP. Sí, señor, muy urgente.

JUAN. Ah! bien, bien. Acabara usted: Basilia, son las doce y media y el piporro me estará echando de ménos; entérate de la peticion del señor, y si es algun necesitado, dale mi corbata vieja y mis ligas para que se abrigue. (Se dirige á la puerta del fondo.) Ah! (Volviendo.) Mira! dale tambien el sombrero de copa que no quiso el arenero. He dicho.

RUP. Y me deja plantado; ¡vive Dios!

ESCENA VI.

BASILIA, D. RUPERTO.

BASILIA. ¡Caballero! observo que viene usted algo alterado, y que su lenguaje es inconveniente.

RUP. ¿Por ventura no tengo motivos? Lea usted, lea usted esta carta? (Presentándola la carta.)

BASILIA. Qué afan... Pero es el caso que yo no puedo leerla porque soy algo miope.—Si usted me hiciese el favor...

RUP. Sí señora... Y entre paréntesis... ¿Don Juan de Balsameda, es su esposo de usted?

BASILIA. Sí señor.

RUP. Pues ahora sabrá usted qué buena pieza es su marido.

BASILIA. (¡Este hombre me asusta!)

RUP. Escuche usted. (Leyendo.) «Vecina de mi vida, la tarde »que vi á usted en el Retiro...»

BASILIA. ¡En el Retiro!

RUP. «La entregué mi corazon...»

BASILIA. Sí, eh?... Y eso qué me importa?

RUP. ¡Cómo! ¿No le importa á usted que su marido se enamore de las vecinas y las escriba cartitas?

BASILIA. ¡Mi marido! qué disparate! usted viene equivocado: mi Juan no tiene tiempo de ocuparse de tales devaneos. Es cierto que pasea por las tardes en el Retiro; pero es incapaz...

RUP. Con que usted no sospecha!... (Vamos, esta mujer es digna de su marido.) Oiga usted la continuacion de la carta.—«Muchas noches he tenido el placer de oir su »melodiosa voz, y juro á usted que su canto me em»briaga y me seduce...» Eh? qué tal?

BASILIA. Mi marido es filarmónico; pero todo esto es una vil calumnia.

RUP. (Leyendo.) «Todas las tardes saldré á disfrutar de su hermosa presencia, á las seis en punto...»

BASILIA. (Sobresaltada.) Á las seis en punto! Eh? qué quiere decir en punto?

RUP. Quiere decir que saldrá á gozar de su hermosa presencia á las seis en punto; ni un minuto más ni un minuto ménos.

BASILIA. ¡Ay, Vírgen Santísima! Sí, sí, ese es mi marido. Solo él es capaz de señalar una hora para dedicarse al amor. Ah, infame! ¿Esta es la vida perfecta que haces? Todo lo

comprendo... Tanta perfidia clama una venganza atroz!

RUP. Sí señora, eso digo yo... pero tranquilícese usted y deje eso á mi cuidado.

BASILIA. Qué va usted á hacer?

RUP. Le he pillado infraganti, y estoy decidido á castigarle con una pena justa y terrible.

BASILIA. Sí señor, merece una pena terrible y justa, aunque sea la pena del Talion.

RUP. (Mirando fijamente á Doña Basilia.) Eso no: perdone usted, señora, que yo no tengo tan mal gusto: lo que voy á hacer es levantarle la tapa de los sesos.

BASILIA. ¡Cielos! qué brutalidad!

RUP. (Despidiéndose.) Pronto volveré. Voy á traer el rewolver de veinte y cinco tiros, y la vengaré á usted y me vengaré! Ira de Dios! y así vengo á la sociedad. Á los pies de usted. (Váse por el foro.)

ESCENA VII.

DOÑA BASILIA.

¡Es un perverso! ¡Me ha engañado! y yo, necia de mí, que no he conocido su hipocresia! Pero ese hombre, llevado de la pasion de los celos, será capaz de dejarme viuda... Ah! no, yo debo evitar.... Yo debo tomar alguna determinacion, porque si no... Creo que Juan no tiene hecha disposicion testamentaria... sí, sí, por lo que pueda tronar, debo decirle que haga una *miagita* de testamento, porque cuando ménos se piensa...

ESCENA VIII.

DOÑA BASILIA y ROSA.

ROSA. (Entrando.) ¡Héme aquí con el corazon palpitante!

BASILIA. Calla! Quién será esta mujer?

ROSA. Dispénseme usted, señora, y compadézcase de mis lágrimas! jí, jí, jí. (Llora.)

BASILIA. Pero quién es usted? por quién pregunta usted?

ROSA. El llanto me ahoga! Ah! soy tan desgraciada! Se halla en esta casa don Juan de Balsameda?

BASILIA. Sí por cierto.

ROSA. (No me engañó la persona que me dijo que aquí le habia visto entrar.)

BASILIA. Y bien, señora. Yo necesito que usted se explique.

ROSA. Mi historia es sombria y conmovedora. Mi porvenir estaba asegurado: iba á casarme con un fabricante de botones de hueso... pero ví á Juan... Oh! Juan es tan galante, fino, apasionado...

BASILIA. Entendámonos, señora. ¿De qué Juan está usted hablando?

ROSA. De don Juan de Balsameda.

BASILIA. ¿De mi marido?

ROSA. ¡Su marido! ¡eso es imposible!

BASILIA. Cómo imposible?

ROSA. Convengo en que le llame usted su novio, su futuro... pero atreverse á decir... usted está loca.

BASILIA. Cómo loca?

ROSA. Perdone usted, señora, y respete la intensidad de mi dolor.

BASILIA. (Cuánto apostamos á que esta mujer viene llorando las consecuencias de la vida perfecta de mi marido.) De modo que segun usted se explica...

ROSA. Soy una esposa abandonada. Juan me juró su amor eterno y me entregó su mano en la parroquia de San Luis.

BASILIA. Y á mí en la de San Sebastian.

ROSA. Qué horror!

BASILIA. Esto clama al cielo.

ROSA. Un bígamo!

BASILIA. Y yo le creia un Juan Lanas! en fin, señora, qué es lo que usted pretende?

ROSA. Reconquistar el amor de ese ingrato.

BASILIA. Mire usted, basta de locuras. Don Juan de Balsameda es mi marido, y no puede pertenecer á ninguna otra mujer... es decir... sí puede; pero no puede. Con que

así hágame usted el favor de retirarse.

ROSA. Y entónces, qué hago yo con su hijo?

BASILIA. Cómo con su hijo!!! Mi marido tiene... Eso seria el colmo de la iniquidad, y no debo, no quiero creerlo.

ROSA. (*A la puerta del fondo.*) Entre usted. (*Entra Bartolo con un niño en mantilias.*) Mírele usted, y reconozca en sus facciones...

BASILIA. ¡Oh! qué escándalo! Un hombre metódico! irreprochable! Yo necesito averiguar la verdad!... Espéreme usted en la antesala! voy á confundirlo con el cuerpo del delito!

ROSA. Recuerde usted que se trata de la felicidad de toda mi vida.

BASILIA. Pierda usted cuidado.

ESCENA IX.

DOÑA BASILIA, BARTOLO y D. JUAN, con un piperro. Antes de la salida de D. Juan se oye el sonido del piporro.

JUAN. Eh? qué tal, Bartolo? qué te parece la melodia! y á tí, mujer? de dónde habeis sacado ese nene?

BASILIA. ¡Venga usted acá, hombre perverso y enredador!

JUAN. ¡Qué dices, mujer! Has perdido el juicio?

BASILIA. No tiene usted que disimular, porque ya le conozco; y todo es en vano. Acérquese usted y mire á este niño.

JUAN. (*Despues de haberse acercado y mirado fijamente al niño.*) Sí, ya le veo; es un angelito color de almazarron.

BASILIA. Y nada le dice á usted ese angelito?

JUAN. Cómo quieres que hable á los dos ó tres meses?

BASILIA. Y no siente usted ningun remordimiento? Qué desfachatez! Vamos á ver... De quién es este nene? tuyo! desgraciado, tuyo!

JUAN. (*Con candidez.*) ¡Hola! con que tenemos fruto de bendicion? Pero mujer, como no me habias dicho nada. Ajo... ajito... chit... ro... (*Haciendo fiestas al niño.*)

BASILIA. No, no. Este no es mi hijo. Este es el hijo del crimen.

JUAN. Sopla! sabes tú algo de eso, Bartolo?

BART. Yo nun señor. Pus no faltaba más.

JUAN. Entónces, qué significa esto?

BASILIA. Que todo se ha descubierto. Buena virtud te dé Dios! Vaya una vida perfecta la tuya!

JUAN. Basilia!

BASILIA. Casarse dos veces!

JUAN. Yo!

BASILIA. Pareces un bendito, pero eres un hipócrita; hoy mismo voy á pedir el divorcio, y á hacer las diligencias para que te envien al Saladero.

JUAN. ¡Cómo! Conque nada ménos que al Saladero? Pues hija, no soy yo bastante salao... en fin, ya veo que en esta casa sucede algo de extraordinario.

BASILIA. Y qué vas á hacer?

JUAN. Seguir mi costumbre, y no faltar por ningun concepto á la vida metódica que me he trazado para experimentar la felicidad. Voy á buscar el arte de cocina que estoy escribiendo.

BASILIA. (Este hombre es insufrible.)

ESCENA X.

DOÑA BASILIA, ANTONIO y BARTOLO.

ANT. (Asomando la cabeza por la izquierda.) Ya no está. Me parece que podré salir sin encontrarle en la escalera.

BASILIA. Hola, Antonio, á tiempo vienes.

ANT. Qué queria usted, tia?

BASILIA. Hazme el favor de acompañarme á casa de don Lesmes el procurador. Necesito consultarle una cosa muy grave. (Tú, Bartolo, devuelve el niño á su madre.)

ANT. De quién es este niño?

BASILIA. Ya lo sabrás despues. (Vánse.)

ESCENA XI.

D. JUAN, saliendo con un gran legajo.

Pero señor, yo creo que mi mujer se ha vuelto loca.

Me ha dicho unas cosas tan fuera de razon. Bah! ya se tranquilizará. Á ver... (*Mirando su reló.*) Es la una, voy á continuar mi arte enciclopédico de la cocina. (*Hojeando un cuaderno.*) Estofado con salsa negra... aquí llegaba... (*Siéntase y se pone á escribir.*)

ESCENA XII.

D. JUAN, D. RUPERTO.

RUP. Está solo, me alegro! así nos entenderemos. Ya traigo el rewolver. Verdad es que no está cargado, pero no importa... hará su efecto.

JUAN. ¡Hombre, este estofado va á gustar!

RUP. (*Dirigiéndose á D. Juan.*) Señor don Juan de Balsameda, ya me tiene usted aquí á su disposicion.

JUAN. ¡Calla! ¿otra vez? Pues mire usted, dispongo que se vuelva por donde ha venido, porque estoy muy ocupado. «Tomarás un trozo de solomillo y lo pondrás al se- «reno por espacio de quince dias.»

RUP. Caballero, ya le habrá dicho á usted su señora...

JUAN. No, no me ha dicho más que insolencias y despropósitos. (*Escribiendo.*) «Y lo pondrás al sereno...»

RUP. Pues yo le digo á usted que si no me contesta categóricamente...

JUAN. Hombre, déjeme usted; que me está usted quitando las ideas.

RUP. Conque no hay medio de que nos entendamos?

JUAN. (*Escribiendo.*) «Y despues de picado el perejil y las cebolletas ..»

RUP. Corriente, yo le enseñaré á usted... (*Le apunta el rewolver, D. Juan vuelve la cabeza, y al verse amenazado, salta del asiento.*)

JUAN. Eh! cáscaras! no sea usted bárbaro!

RUP. Qué ha dicho usted?

JUAN. Nada, nada; digo que es usted muy razonable, pero hágame usted el favor...

RUP. Es preciso que acepte usted un duelo, ó de lo contrario...

JUAN. Sí señor, acepto todo lo que usted quiera. Ea, no hay que incomodarse. (Quién habrá traido á mi casa á este beduino?) (Ruperto retira la pistola.)

RUP. Corriente. Arreglemos las condiciones. Yo soy el que le reto: por lo tanto, á usted le corresponde la eleccion de armas, sitio y hora.

JUAN. Conque á mí me corresponde? Bien; sepamos lo que voy á elegir.

RUP. El sable, la espada, la pistola ..

JUAN. Vaya usted diciendo: hasta ahora nada de eso me conviene.

RUP. El veneno, el puñal, la navaja, etcétera. Escoja usted el arma que mejor le parezca.

JUAN. Pues mire usted, si le he de decir la verdad, no sé cuál es mejor. Todas me parecen muy malas.

RUP. Escoja usted, porque sino... (Le amenaza con el rewolver.)

JUAN. Vaya, hombre, pues escojo la etcétera.

RUP. No señor, de ningun modo, y si usted no dice pronto... (Vuelve á amenazarle.)

JUAN. Bien, hombre. Basta de chanzas! elijo la espada con tal que sea la de Bernardo.

RUP. Conforme. Ahora elija usted el sitio y la hora.

JUAN. La hora?... Hombre, eso sí que es difícil, porque yo á todas horas estoy ocupado. Mire usted, en este momento estaba consignando en este papel la teoria de un nuevo guiso de solomillo.

RUP. No admito evasivas; ó designa usted el sitio y la hora del desafio, ó le levanto la tapa de los sesos.

JUAN. Qué brutalidad! Deténgase usted y déjeme que discurra con sosiego... con... (maldito seas.)

RUP. (Retirando el rewolver.) Ya escucho.

JUAN. Conque usted quiere que designe el sitio y la hora? Yo creo que debemos escoger un sitio á propósito y una hora conveniente.

RUP. Sí señor.

JUAN. Pues bien. Si á usted le parece, nos batiremos mañana á las doce del dia en la Puerta del Sol.

RUP. Cómo se entiende? no me conformo.

JUAN. Y por qué motivo? No me ha dicho usted que la eleccion me corresponde de derecho?

RUP. Sí señor.

JUAN. Pues entónces lo dicho dicho. Hasta mañana. (Se sienta á escribir.) Vamos á ver, teniamos el solomillo puesto al sereno, y el perejil...

RUP. (Furioso.) Voto á mil bombas! Déjese usted de solomillos y de peregiles. Ya me tiene usted frita la sangre con esos papelotes (Se apodera de los manuscritos y los rompe.)

JUAN. Ay! Santa Bárbara! qué hace usted, hombre del demonio... Mi arte sublime... el fruto de mis desvelos y de mi... (Poniéndose en jarras lleno de ira.) ¡Carambita! ya me he quemado yo y me voy á perder. (Despues de un momento de decision continúa.) Hombre, no le rompo á usted el bautismo porque en mi método de vida no he señalado hora para andar á trastazos. En resúmen... quién es usted?...

RUP. Yo? Yo soy don Ruperto Fierabrás, fabricante de botones de hueso.

ESCENA XIII.

DICHOS, ROSA.

ROSA. (Cielos! El fabricante de botones con quien debia casarme.)

JUAN. Pues mire usted, hágame el obsequio de marcharse, porque de lo contrario, haré que lo echen de aquí á garrotazos.

RUP. Garrotazos á mí! Ira de Dios! (D. Ruperto acomete á Don Juan, este se defiende parapetándose detrás de los muebles. Rosa se interpone.)

ROSA. Ruperto, qué va usted á hacer? No se comprometa usted.

JUAN. Dice bien esta señora. No se comprometa usted.

RUP. Es un cobarde, que no quiere admitir el desafío... pero yo le prometo... (*Se apodera del piporro, y empieza á esgrimirle.*)

ESCENA XIV.

DICHOS, DOÑA BASILIA, *que viene por el fondo.*

BASILIA. Qué es esto? Ah! todo lo comprendo. (*Á Ruperto.*) Caballero, suspenda usted su venganza. Ahora mismo he tenido una consulta con un jurisconsulto de aficion, y mi marido será entregado á los tribunales.

JUÁN. Pero cuál es mi delito, Basilia? Qué he hecho yo?

BASILIA. Su sobrino de usted, que se ha quedado haciendo señas á la vecina de enfrente, se lo explicará á usted todo

RUP. Qué dice usted?... un sobrino que se ha quedado haciendo señas á la vecina de enfrente, á mi mujer. (*Se asoma precipitadamente à la vidriera.*) Ella es! Oh rabia! Oh desesperacion! (*Váse precipitadamente, sin reparar en Antonio que aparece en el fondo y se retira á un lado para dejarle paso.*)

JUAN. Llévele el diablo! Corre, Bartolo, cierra la puerta y echa el cerrojo, que no vuelva á entrar en mi casa ese mónstruo.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ANTONIO, *que cierra la puerta.*

ANT. (La mujer me ha echado con cajas destempladas, y el marido por fortuna no me ha visto. Renuncio á mis aventuras amorosas para siempre.)

ROSA. (*Saliendo al encuentro de Antonio.*) Antonio! Esposo mio!

ANT. Rosa!... Cómo estás aquí?

BASILIA. Es posible! Conque este es su esposo de usted?

ROSA. Sí, señora.

BASILIA. Pero mi sobrino no se llama Juan, sino Antonio.

ANT. Tia, pues no sabe usted que me llamo Juan Antonio?

BASILIA. ¡Ah! vamos, ya comprendo... conque tú eres el autor de la carta?

ANT. (Háciendo señas á Doña Basilia para que calle.) Calle usted por Dios.

BASILIA. Pobre esposo mio! y yo que le creia capaz de casarse con dos mujeres. (Á Antonio.) Pero cómo es posible que hayas tomado estado sin decir esta boca es mia!

ANT. El temor de que ustedes desaprobaran mi boda.

JUAN. El casamiento es el epílogo de la vida perfecta, y lo apruebo; por el contrario, repruebo altamente que desatiendas á tu esposa.

BASILIA. Es una infamia.

ANT. Y cómo quiere usted que vivamos unidos y felices, si los ingleses no nos dejan ni á sol ni á sombra? Ellos son la causa de nuestras desavenencias y locuras. Asegure usted mi posicion, y prometo desde ahora ser el esposo mejor del mundo.

ROSA. Compadézcase usted de nosotros, tio.

JUAN. Pues mire usted, caballerito, haga usted una vida perfecta y arreglada; siga usted mi ejemplo, y si jura obedecerme, yo espantaré á los acreedores y lo arreglaré todo.

ANT. (Abrazándole.) Tio de mi vida!

ROSA. (Id.) Alma generosa!

BASILIA. Perdóname los agravios que te he hecho.

JUAN. (Volviendo la vista á los manuscritos.) Ah! vosotros sois felices! pero yo... Dejadme derramar una lágrima; dejadme que llore en silencio esos preciosos manuscritos. (Llora patéticamente.)

BART. Pobre señor! tambien me hace á mí derramar lágrimas.

ANT. Pero, tio, esos manuscritos todavia pueden leerse.

JUAN. Qué? (Recoge con avidez los paquetes rotos, y uniéndolos, lee: Sopa de alfalfa! Chocolate frito! oh! me he salvado!

ROSA. Ya todos somos felices!

ANT. Deme usted otro abrazo. (Todos rodean á D. Juan y le felicitan: él, reponiéndose un poco, dice:)

JUAN. Esperad solo un momento,
que aun necesito saber
si el público está contento.

(Se adelanta al proscenio y se dirige al público; pero antes de empezar su relacion, mira su reló y exclama:)

Ah! Las tres!... Cuánto lo siento;
me tengo que ir á comer.

FIN DE LA COMEDIA.

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.
Madrid 23 de Mayo de 1868.

El Censor de Teatros,
NARCISO S. SERRA.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Manzano.
Albacete	Ruiz.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Muro.
Alicante	Gossart.
Almeria	Alvarez.
Avila	Lopez.
Badajoz	Coronado.
Barcelona	Cerdá.
Idem	Gonart.
Bejar	Lopez Coron.
Bilbao	H. de Delmas.
Burgos	Rodriguez.
Cáceres	Jimenez.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañia.
Cartagena	Pedreño.
Castellon	J. Maria de Soto.
Ceuta	M. G. de la Torre.
Ciudad-Real	Acosta.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Viuda de Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno é hijo.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	J. Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Brieba.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Moya.
Mataró	Clavel.
Murcia	Hered. de Andrion
Orense	Perez.
Orihuela	Martinez Alvarez.
Osuna	Montero.
Oviedo	Martinez.
Palencia	Hijos de Gutierrez
Palma	Gelabert.
Pamplona	Rios.
Pontevedra	Buceta Solla y compañia.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	V.ª de Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Martinez.
Sanlúcar	Oña.
Sta. C. de Tenerife	Poggi.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Gra. Campos.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Hijos de Fé.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Font.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Carboneres.
Valladolid	Nuevo.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	A. Juan.
Ubeda	Perez.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	V. de Heredia.